

Sheila Sevillano y Xabier Luna iniciaron en abril de 2025 un viaje en bici solidario en el que recorrerán más de 20.000km hasta Tayikistán, Angola, Camerún, Bolivia y Ucrania, donde realizarán los proyectos. El objetivo es recaudar 100.000€ para levantar infraestructuras que mejoren la vida de muchas personas. Si cada lector de este artículo dona 5€ conseguiremos construirlo todo.



Camila sostiene nuestro cartel para despedirnos.



Cientos de miles de zapatos de los prisioneros de Majdanek, Lublin, Polonia.



Campo de Marte de Leópolis.



A las 9,00 todo se para, vecinos de Sataniv escuchando mensaje de apoyo a las víctimas.

Ucrania, al igual que con cualquier conflicto o catástrofe, por un lado, el foco se pone sobre el lugar cuando estalla la guerra, pero la atención se pierde rápido y más en un mundo donde escoreamos sucesos como quien ojea una revista de ofertas de supermercado, pronto perdemos el interés. Sólo cuando escuchamos su nombre recordamos que aún están en guerra, pero está lejos, escoreas de nuevo y sigues comiendo los cereales con leche. La cuestión, Ucrania no es una palabra, es un frontera y es real, estamos en ella, por eso estamos aquí, porque no queremos que sea un rumbo olvidado.

Todo comienza con un café en el bar Reta con las chicas de Alas de Ucrania, una ONGD radicada en Pamplona, para entender su conflicto y sus necesidades. Aquel encuentro casual, años después es un proyecto, nunca sabes las puertas que se abrirán en tu camino. Pedaleamos bajo la supervisión de cada una de ellas desde la distancia. Nos miman, no quieren dejar nuestro itinerario al azar. Ponen un camino de migas y amigas hasta Kamianets Podilskyi. Nuestras primeras pedaladas hasta Leópolis transcurren por carreteras llanas. El cereal invade el paisaje, Ucrania hasta la gue-

rra era el segundo exportador de Europa de trigo y maíz y el primero del mundo de aceite de girasol, era el granero de Europa. Hoy va recuperando ese estatus, pero el conflicto ha relegado su economía a una de las más bajas del continente. Su población desde 2014 se ha mermado mucho, por no hablar de la destrucción de infraestructuras energéticas y económicas fundamentales.

Una valla publicitaria anuncia el supermercado más cercano, en la siguiente, varios soldados con el eslogan “Juntos somos inquebrantables” llaman al pueblo a unirse. En el primer pueblo, en la plaza principal, un señor toma un café sentado en un banco, a su lado decenas de carteles amarillos y azules, con flores a los pies y fotos de soldados, homenajean a sus paisanos caídos en el conflicto. La escena nos impacta, se nos pone la piel de gallina. Aún no sabemos que esa imagen se repetirá población tras población hasta que salgamos del país. La bandera hondea en cada esquina, el sentimiento patrio es evidente y hoy ha adquirido un valor inmensurable.

Leópolis es una de las ciudades más monumentales de Ucrania, herencia austro húngara. Allí nos cobija Nata-

lia, nos recibe como la tía del pueblo, un abrazo cálido, una sonrisa, ducha caliente y comida casera en la mesa. La primera noche activamos la app de alertas que hay para los ataques en el país. En pocas horas suena tres veces, nos sobresalta y arranca del sueño. Los avisos son en Kiev y dos zonas del Donbás, están lejos, pero corroboramos que la guerra no duerme. Al día siguiente recorremos una ciudad que vive con aparente normalidad, salvo que en los bajos de los edificios oficiales hay grandes sacos de arena que marcan el lugar de refugio. Por las calles, excombatientes alcohólicos o aún peor, desahuciados emocionalmente, pasean pidiendo dinero. En la iglesia de Pedro y Pablo asistimos al funeral de dos soldados, un solo de trompeta en la plaza central con todo el mundo de pie nos eriza el pelo, poco más allá, hay una protesta por el batallón Azov, raptado y en paradero desconocido desde hace años. concluimos el día paseando entre las más de 800 tumbas del campo de marte donde las banderas ucranianas hondean a diario. En un día hemos visto la guerra sin ruidos, sin ruinas, sin sangre. Cuatro años más tarde ya es rutina, la población camina aparentemente tranquila, cansa-

da de un final que no llega, no se resignan, pero han perdido la confianza en esa Europa a la que siempre han pertenecido.

Nos quedan cuatro etapas para llegar hasta nuestro orfanato. Una de ellas es en Ternopil, quizá nuestro parada más complicada. Es un lugar estratégico por sus centrales energéticas. Un mes antes cincuenta drones shahed dejaron diez heridos. He aprendido esa palabra de una adolescente que ya conoce nombres de armas y distingue el sonido de aviones, drones y misiles, “lo normal” de una chica de instituto. En frente del teatro un coche aplastado por artillería decora, pero sobre todo recuerda, que no pueden relajarse.

Al día siguiente a las 9:00, como todos los días, Ucrania se detiene. Los conductores bajan de sus coches estén donde estén, alzan cabezas, ponen su mano derecha en el corazón y cantan por los fallecidos. Hemos vivido esto cada mañana, en la carretera, en una plaza, en el orfanato. Suena el tic tac de un reloj, profundo, quizá desde el centro de la tierra, campanas, el himno que todos cantan solemnes, sinceros y al final un mensaje recordando a todos, “Memoria eterna, gloria a Ucrania”. Un país unido en un minu-

to.

El 23 de julio llegamos a nuestro quinto proyecto, 17.300km y quince meses después de salir de Mutilva. El tiempo se encoge en un segundo y casi huelo las plantas del parque de mi casa. Natalia, la directora nos recibe con un abrazo sincero, en ese momento somos conscientes de lo importante que es nuestra presencia para ella. El dinero les ayuda, pero más que no les olvidemos. Nuestro proyecto arreglará los baños y duchas enmohecidos de setenta años de uso y unas escaleras de incendios clausuradas por el óxido del tiempo. Es necesario, pero más, ser sus ojos y el eco de su voz cuando nos vayamos.

Durante una semana vivimos en el orfanato. Gracias a Lili, la presidenta de Alas de Ucrania, la vida es más fácil. Conocemos las hermosas Kamianets Podilskyi y Chernivtsi. En el camino pasamos de Oblast, un militar me pide el pasaporte, soy un hombre joven y tiene que comprobar que no soy un Ucraniano que huye. Durante la visita, la guía nos recuerda: “Ya sabéis que la excursión se cancelará si suena una alarma aérea”, las mujeres y niños, no hay hombres, afirman con normalidad y siguen escuchando la historia de ambas ciudades. Otro de los días converso con Vadín, ingeniero de caminos reclutado, está de permiso. Me confiesa: “Cuando acabe esto no quiero saber nada de la guerra, quiero trabajar de algo normal, hasta entonces soy feliz defendiendo a mi país”. A la tarde hablo con Anatoli, un bombero del parque central, “ahora sabemos desactivar bombas y apagar centrales nucleares, pero nuestro sueldo sólo ha aumentado 15€ al mes. Cuando vamos a un incendio, rezamos para que no tiren otra bomba cuando lo estemos apagando”. Otra de las mañanas, de nuevo un funeral, otro soldado, esta vez de Kamianets. La madre llora desconsolada. Al salir con el ataúd, la banda toca el himno, todo el mundo se arrodilla, escoltan el féretro hasta un furgón que reza: **ГЕРОЇ НЕ ВМИРАЮТЬ** (los héroes no mueren). Suenan las sirenas de los coches de policía que lo escoltan, a su paso la ciudad se arrodilla. Se marcha, la ciudad calla, aguanto la respiración para mantener el silencio.

El quinto proyecto ha terminado y tenemos tres meses para regresar a casa. En una semana hemos vivido cien años. Dejamos Ucrania, pero se viene con nosotros, al igual que el resto de rumbos, seremos su voz, haremos que nadie los olvide. ●

PARA SABER MÁS

Si queréis seguir este viaje solidario podéis hacerlo en **rumbosolidados.com**. Para colaborar y conocer todos los proyectos que hemos hecho podés entrar en **yoslocuento.org**